

los santos está conectado con su comprensión de la muerte. Los fieles desde los primeros tiempos han acostumbrado orar los unos por los otros pidiendo la intercesión de los justos *“la oración ferviente del justo tiene mucho poder”*. Si la Iglesia nos enseña a pedir los ruegos de los justos vivos, cuanto más nos alienta a pedir las intercesiones de aquellos que ya han sido coronados con la victoria de la santidad. Pues, su muerte no ha sido más que un paso hacia la Vida. En las catacumbas romanas de los primeros siglos se encuentran testimonios como las siguientes oraciones: *“Noria, seas bienaventurada y ruega por nosotros”* y *“Pedro y Pablo, rueguen por Víctor”*. Con la irrupción de la Iglesia en el ámbito pagano, y la entrada masiva de gentiles a las filas del cristianismo, algunas veces, la veneración a los santos se exageró, llegando estos a tomar el lugar de los dioses paganos. Esta situación se tradujo en una distanciamiento entre la teología y adoración cristiana por un lado y por el otro las prácticas culturales de algunos grupos. Mas la Iglesia siempre conservó la transparencia de los santos: son lunas que reflejan la luz del Sol verdadero. Y esto es lo que ha enseñado y enseña: los santos nos guían a Cristo.

Meditación espiritual

“¿Qué es la vida sin la santidad? ¿Qué puede ofrecer la Iglesia a sus hijos sino la santidad que otorga el único Santo? La Iglesia es la familia de los santos. Los santos, como la Iglesia, son esencia, presencia y existencia real en tiempo y lugar. La fe es convivir, compartir con los santos y gustar su vecindad, mas aún, su cohesión. Los santos son la familia de Dios donde la paternidad es verdadera y la hermandad es en verdad cierta. ¡Quien no

conoce a los santos, cómo puede lograr amarlos e imitar su ejemplo ya que son nuestros compañeros-guías hacia el Salvador! ¡Quien no conoce a los santos cómo puede conocer a la Iglesia y, más aún, qué puede saber sobre ella!”

Ignacio IV (Hazim) Patriarca de Antioquía

Noticias

Oración por la Unidad de los Cristianos

El día jueves 31 de mayo, en la Catedral San Jorge de Buenos Aires se realizó el acto central de la semana por la unidad de los cristianos. El oficio contó con la presencia de todos los representantes de la CEICA (Comisión Ecuménica de Iglesias Cristianas de Argentina). Nuestro Padre y Pastor, Monseñor Siluan, tuvo a su cargo la homilía para esta ocasión. Entre las peticiones se recordó al pueblo sirio libanés en este momento tan especial que se vive en Cercano Oriente. Nuestras parroquias en todo el país participaron también de esta semana que coincide con la semana posterior a la fiesta de Pentecostés El acto central concluyó con un ágape en los salones de la Catedral.

Boletín Dominical

Si quieres recibir el Boletín Dominical por e-mail, o si sabes de algún conocido, pariente, amigo que quiera recibirlo, envíanos la dirección de correo electrónico a:

Boletín-dominical@acoantioquena.com.



La Voz del Señor

Año VI - Nro 21- 3 de junio de 2007

Domingo de Todos los Santos

“La predicación de los Apóstoles es un testimonio más grande que Las apariciones de Cristo”

Antes de Su Pasión, Cristo anunció a Sus discípulos que harán obras mayores de lo que Él hizo: *“el que crea en mí, hará él también las obras que yo hago, y hará mayores aún”* (Jn 14:12). Pero ¿Cuál es la naturaleza de estas obras? Ciertamente es que la Iglesia nada puede aumentar para con Cristo y Su Plenitud. Más todo su poder y autoridad ella los sacan de Él. Pues Él es la cabeza del cuerpo. La obra a la cual se refiere es que el mensaje del Evangelio, la Buena Nueva, se extenderá sobre la faz de la tierra mucho más que el Salvador ha hecho durante Su Evangelización terrenal, se aumentará, pues, el número de los unidos a Su Cuerpo, la Iglesia. Y en efecto, después de Pentecostés, los Apóstoles llevaron la Buena Nueva del Evangelio al mundo entero, y el libro de Hechos de los Apóstoles muestra como crecía la Iglesia por sus obras, se aumentaba el número de los fieles de forma milagrosa. Por ejemplo el día de Pentecostés, después del sermón de Pedro se unió a la Iglesia *“unas tres mil personas”* (Hch 2:41), y en otra vez muchos creyeron, hasta que *“el número, contando sólo los hombres, llegó a unos cinco mil”* (Hch 4:4). ¡Asombroso es, que las gentes vienen a la fe de este modo, sin que

Cristo se les aparezca!

El cambio radical de los Apóstoles, de su vida anterior a la evangelización en Jesucristo, tuvo su gran impresión. Pues Pedro, él que negó a Cristo delante de una criada, anunció públicamente, ante la asamblea de los judíos y ante el mundo entero que: *“A este Jesús Dios le resucitó; de lo cual todos nosotros somos testigos”* (Hch 2:32). Murió, después de ello, crucificado, anunciando la Resurrección. No la negó aún ante los gobernantes. No temió a los judíos, más bien les inspiró a todos. En cuanto al Apóstol Pablo, el perseguidor de la Iglesia, se había devenido en el primer anunciador de la Buena Nueva. Después de haberse conducido en la buena (convertirse), dice: *“Y si Cristo no había resucitado, vana es nuestra predicación y vana es vuestra fe”* (I Cor 15:15-17).

Además de conducirse personalmente en el buen sendero, el regreso de los Apóstoles y la existencia de una comunidad creyente, la Iglesia, que predica y con mayor fuerza que antes, es una prueba decisiva de la Resurrección del Señor. Con el homicidio del Pastor los discípulos se dispersaron, como lo dice las Escrituras: *“Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas...”* (Mt 26:31). Pero el volverse juntos con certidumbre, aumento y crecimiento de la Iglesia es una evidencia que la obra no es obra de un muerto sino de un vivo. El momento de la Crucifixión, los Apóstoles dejaron a Cristo y volvieron a sus prácticas habituales. Para ellos el mensaje llegó a su fin la tarde del viernes ante la Cruz. Efectivamente, los Apóstoles fueron atacados por la desesperación ante el juicio de Cristo y huyeron. Cuando Cristo entro para con los discípulos, estaban reunidos en el altílo por temor a los judíos. Pero después de la Resurrección predicaron con entusiasmo y comenzaron a declarar públicamente que son

discípulos de Cristo y que Él resucitó de entre los muertos, y murieron para afirmar la Resurrección de Cristo: *“Los Apóstoles daban testimonio de la Resurrección del Señor Jesús con gran poder”* (Hch 4:33). La Resurrección ha sido fundamento y centro de la predicación de los Apóstoles, a pesar de que ha sido más grade obstáculo, así como ocurrió con pablo ante el Areópago (Hch 17:32).

El ejemplo y las obras de los Apóstoles después de la Resurrección son una prueba más resplandeciente que las Apariciones de Cristo. Los milagros en Nombre de Cristo han sido más importantes que las apariciones, pues han hecho creer al mundo entero y no sólo a los discípulos. Cristo, pues, murió públicamente, pero resucitó y apareció sólo a los Suyos. El poder de la Resurrección se manifestó con la esparcimiento de su noticia sin que Cristo apareciera públicamente, más bien por la predicación de los Apóstoles solamente. Y a pesar de las diversas persecuciones y los ataques contra las enseñanzas de la Iglesia, el cristianismo y la Nueva de la Resurrección se expandieron con terrible velocidad, y esto es un asunto imposible que se realizara con el poder de un muerto. Pero, por el poder de la Resurrección, los Apóstoles realizaron obras más grandes que las de Cristo, divulgaron, pues, la Buena Nueva y obraron los milagros con sólo invocar Su Nombre (Hch 3:6, 4: 10), o por el paso de sus sombra sobre los enfermos (Hch 5:15); la justificación de esto es que si Cristo no hubiese resucitado, no se hubieran hechos milagros como estos en Su Nombre. En síntesis, ¿Será posible resucitar a los muertos en el nombre de un muerto?, según la expresión del Crisóstomo.

A lo largo de su historia y hasta esta hora, La Iglesia había permanecido dando

testimonio de ello por medio de sus santos, no solo con las palabras y las intensiones, sino por la labor perseverante, el sacrificio, la oración, la búsqueda y la realización de la voluntad de Dios con toda su fuerza. La fiesta de todos los santos, que estamos celebrando hoy en nuestra Iglesia, nos hace recordar que la permanencia de la santidad sobre la faz de la tierra depende de nosotros, si creemos en que la santidad es derramada por Dios sobre Sus hijos por Su excesivo Amor a aquellos que en verdad Lo quieren. Amén.

+ Metropolitano Siluan

Tropario de la Resurrección (Tono 8)

“Descendiste de las alturas, Compasivo, y aceptaste la sepultura por tres días, para liberarnos de las pasiones; ¡Oh Vida y Resurrección nuestra, gloria a Ti!”

Tropario de todos los Santos (Tono 4)

“¡Cristo Dios! Tu Iglesia, en el mundo entero, está revestida de la sangre de Tus mártires, como de un manto de púrpura; y por medio de ellos Te exclama diciendo: “¡Se Compasivo con Tu pueblo, concede la paz a Tu ciudad y otorga a nuestras almas la gran misericordia!”

Kontakion para todos los Santos (Tono 8)

“Señor y Creador de todo, la Iglesia Te ofrece, como primicias de la naturaleza, a los mártires revestidos de Dios; pues, por sus súplicas y las intercesiones de la Madre de Dios, conserva, a Tu Iglesia, en la paz perfecta, ¡Misericordiosísimo!”

Carta a los Hebreos (11:33-12:2a)

Hermanos, todos los santos, por la fe, sometieron reinos, administraron justicia, alcanzaron las promesas, cerraron la boca a los leones; apagaron la violencia del fuego, escaparon al filo de la espada, curaron de sus

enfermedades, fueron valientes en la guerra, rechazaron ejércitos extranjeros; algunas mujeres recobraron resucitados a sus muertos. Unos fueron torturados, rehusando la liberación por conseguir una resurrección mejor; otros soportaron la prueba de burlas y azotes, de cadenas y prisiones. Fueron apedreados, torturados, aserrados, muertos a espada; anduvieron errantes cubiertos de pieles de ovejas y de cabras; faltos de todo; oprimidos y maltratados, ¡hombres de los que no era digno el mundo!, errantes por desiertos y montañas, por grutas y cavernas. Y todos ellos, aunque alabados por su fe, no consiguieron el objeto de las promesas. Dios tenía dispuesto algo mejor para nosotros, de modo que no llegaran ellos sin nosotros a la perfección. Por tanto, también nosotros, teniendo en torno nuestro tan gran nube de testigos, sacudamos todo lastre y el pecado que nos asedia, y corramos con constancia la carrera que se nos propone, fijos los ojos en Jesús, el que inicia y consume la fe.

Santo Evangelio según San Mateo

(10: 32-33, 37-38 y 19:27-30)

Dijo el Señor a Sus discípulos: *“Por todo aquel que se declare por mí ante los hombres, yo también me declararé por él ante mi Padre que está en los cielos; pero a quien me niegue ante los hombres, le negaré yo también ante mi Padre que está en los cielos. El que ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí. El que no toma su cruz, y me sigue detrás no es digno de mí.”* Entonces Pedro, tomando la palabra, Le dijo: *“Ya lo ves, nosotros lo hemos dejado todo, y Te hemos seguido: ¿qué recibiremos, pues?”* Jesús les dijo: *“Yo os aseguro que vosotros que me habéis seguido, en la regeneración, cuando el Hijo del hombre se sienta en Su Trono de gloria, os sentaréis también vosotros en doce tronos, para juzgar a las*

doce tribus de Israel. Y todo aquel que haya dejado casas, hermanos, hermanas, padre, madre, mujer, hijos o campo por mi nombre, recibirá el ciento por uno y heredará la vida eterna. Pero muchos primeros serán últimos, y muchos últimos, primeros.”

La Santidad y los Santos

Si hoy hacemos referencia a un santo, la gente piensa automáticamente en un héroe de la fe difunto, quien complació a Dios y obtuvo así el poder de hacer milagros. Si se le confiere este título a alguien vivo se le da en sentido figurado alejando la gente de si misma la vida de santidad, como si fuera un asunto que pertenece a los otros. Los libros del Nuevo Testamento nombran a los seguidores de Cristo como fieles, discípulos, pero también los llaman *“santos”* (Hech 19:1; Fil 1:1; Ef 1:1). Pues, llamar a los fieles *“santos”* es una expresión que indica al objeto de su vida y a la voluntad de Dios en ellos. La santidad es la presencia del único Santo en nosotros. *“porque nosotros somos santuario de Dios vivo, como dijo Dios: Habitaré en medio de ellos y andaré entre ellos; yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo”* (II Cor 6:16). Los primeros venerados por los cristianos fueron los mártires. Sus restos se conservaban cuidadosamente como tesoros preciosos, no necesariamente por su poder milagroso sino por que estos fieles de Cristo lucharon la buena batalla e imitaron la muerte del Señor. Porque no son los mártires los que viven en ellos mismos, sino que es Cristo quien vive en ellos (Gal. 2:20). Una vez libre de las persecuciones, la iglesia empezó a venerar al coro entero de los Santos que, aunque no habían derramado su sangre, día a día daban testimonio del Evangelio con sus propias vidas, en Cristo, aniquilando sus propios deseos y pasiones y solo deseando hacer la voluntad de su Señor. El concepto de la Iglesia sobre la intercesión de